





EXPLORANDO LAS GEOGRAFÍAS COTIDIANAS DE LAS FRONTERAS A TRAVÉS DE CUATRO ARTEFACTOS: LA ESQUINA, EL PUENTE, LA TRANQUERA Y EL DESIERTO

*Exploring Everyday Geographies of the Border Through Four Artifacts: Street Corner,
Bridge, Rural Gate, and Desert*

Tania Porcaro¹  

¹ Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas. CONICET. Grupo de Estudios sobre Fronteras y Regiones (GEFRE). IGEO-FFyL-UBA, Argentina.

RESUMEN

Este artículo recupera los aportes de las geografías del cotidiano para pensar la espacialidad de las prácticas fronterizas y transfronterizas, reconociendo el modo en que se van construyendo relaciones entre procesos, experiencias, lugares, paisajes, percepciones y afectos. El objetivo es delinear un abordaje geográfico para la comprensión de las fronteras estatales latinoamericanas desde la perspectiva del cotidiano. Para ello, se desarrolló una indagación de carácter exploratoria, basada en la revisión bibliográfica. A través del concepto de artefactos fronterizos se propone que las geografías cotidianas articulan las representaciones nacionales y regímenes de ordenamiento emanados de los centros de poder con los usos, tácticas, experiencias y emociones que negocian y redefinen las materialidades y sentidos en el día a día.

Palabras clave: frontera; cotidiano; geografía; artefacto; Latinoamérica.

ABSTRACT

This article explores the contributions related to everyday geographies in order to rethink the spatiality of border and cross-border practices, recognizing the relationships between processes, experiences, places, landscapes, perceptions, and affections. The aim is to outline a geographical approach for the understanding of Latin American state borders from the everyday life perspective. This exploratory study was based on a bibliographic review. Through the concept of border artifacts, it is argued that everyday geographies entwine national representations and central ordering regimes with the tactics, experiences, and emotions that negotiate and redefine the materials and the meanings on a daily basis.

Keywords: border; everyday; geography; artifact; Latin America.

Fecha de Recepción	2022-08-09
Fecha de Aceptación	2022-10-26

INTRODUCCIÓN

La indagación sobre la vida de las personas en las fronteras estatales ha estado presente de diferentes maneras en los estudios latinoamericanos que se desplegaron en las últimas décadas, abordando diversas facetas de lo que implica habitar las fronteras. De hecho, este ha sido uno de los enfoques más habituales en estas latitudes, con numerosos estudios sobre las prácticas y las narraciones de la vida cotidiana. Estos trabajos anclan sus aportes en diferentes tradiciones disciplinares, principalmente la antropología, la historia, la sociología o la semiótica, teniendo como referencias frecuentes los aportes de Martin Heidegger sobre el habitar y de Michel de Certeau en su invención del cotidiano.

La geografía como disciplina, en cambio, no ha sido ampliamente recuperada para el estudio sobre la vida cotidiana en las fronteras latinoamericanas, a pesar de contar con una importante tradición de trabajos sobre la temática. Desde la década de 1970, las renovaciones teóricas de la geografía humanista vinculadas a la fenomenología, los aportes de los estudios marxistas y las críticas a la modernidad, y más recientemente, los estudios de género, las geopolíticas populares y las teorías no representacionales han realizado contribuciones significativas y diversas al estudio de la espacialidad de lo cotidiano. En la academia anglófona, desde la década de 2000, se observa un creciente interés de la geografía política por la revisión de la noción de ‘cotidiano’ en relación con las fronteras estatales. En las fronteras del sur americano, en cambio, los esfuerzos por incorporar una mirada geográfica en el estudio de la vida cotidiana son más bien escasos y dispersos.

Este trabajo se orienta a recuperar los aportes de las geografías del cotidiano para pensar la espacialidad de las prácticas fronterizas y transfronterizas, reconociendo el modo en que se van construyendo relaciones entre procesos, experiencias, lugares, paisajes, percepciones y afectos. El objetivo es delinear un abordaje geográfico para la comprensión de las fronteras estatales latinoamericanas desde la perspectiva del cotidiano. Para ello, se desarrolló una indagación de carácter exploratoria, basada en la revisión bibliográfica, en la que se recuperaron y articularon los diferentes enfoques de las geografías de la vida cotidiana con los estudios sobre fronteras estatales.

Se considera que el enfoque de la vida cotidiana contribuye a trascender el estudio de las fronteras estatales como entidades construidas desde los centros nacionales, a través de políticas, discursos y prácticas que tienden a homogenizarlas. Su representación homogénea se ha ido transformando a lo largo del tiempo y del espacio, presentándolas ya sea como espacios vacíos, improductivos y vulnerables; regiones aisladas, distantes y marginadas; sitios de defensa y construcción de la soberanía nacional; o bien, lugares peligrosos y fuentes de amenazas. El estudio

de la vida cotidiana busca contraponer la mirada distante y punitivista, de gran vigencia en la actualidad, al interés por lo cercano y los espacios de vida, reconociendo su heterogeneidad.

A través del concepto de ‘artefactos fronterizos’ se propone que las geografías cotidianas articulan las representaciones y regímenes homogéneos que emanan de los centros de poder con los usos, tácticas, experiencias y emociones que negocian y redefinen las materialidades y sentidos en el día a día. La esquina, el puente, la tranquera y el desierto son cuatro artefactos fronterizos que permiten reconocer formas singulares de habitar, a través de un ensamblaje particular entre los procesos, las relaciones, las experiencias y los significados. Se argumenta que los artefactos fronterizos permiten establecer un diálogo fructífero entre los procesos de fronterización, las formas de habitar y la configuración de lugares, paisajes y territorios.

El trabajo se organiza en tres apartados. En el primero, se reconocen los principales enfoques y teorías de la geografía para la indagación de la vida cotidiana. En el segundo, se establecen algunas características generales referidas al análisis del cotidiano en los estudios sobre fronteras estatales, del ámbito europeo y latinoamericano. En el tercero, se elabora una propuesta de abordaje en torno al concepto de ‘artefacto fronterizo’, revisando los aportes existentes y explorando sus alcances y posibilidades de estudio.

GEOGRAFÍAS HUMANISTAS, CRÍTICAS Y GEOPOLÍTICAS: LA ESPACIALIDAD DE LA VIDA COTIDIANA

Bajo la noción generalizada de vida cotidiana o formas de habitar, suelen englobarse una multiplicidad de cuestiones, problemas y enfoques. El estudio social centrado en los sujetos ha tendido a priorizar la acción o los significados de la acción, o bien, a fragmentar la indagación en esferas de la vida —laboral, doméstica, de ocio—, pero suele desdibujar la corporeidad, las emociones y la espacialidad (Lindón, 2011). La geografía como disciplina se preocupó por indagar en la dimensión espacial de la cotidianidad a partir del diálogo con diversas teorías sociales, reconociendo diferentes momentos de producción y perspectivas de análisis.

Algunos de los primeros aportes a la vida cotidiana se sitúan en la geografía humanista de la década de 1970, desde la cual se buscó un distanciamiento respecto de la corriente cuantitativa y positivista vigente, para recuperar la preocupación por los sujetos, las emociones y los afectos en relación con los lugares (Gregory et al., 2009). El interés se centró en los significados, las prácticas y los cuerpos, buscando trascender lo individual o personal para llegar a una comprensión sistemática de lo social. Algunos trabajos se orientaron a estudiar ‘el hacer’ del ser humano, sus

acciones, movimientos, desplazamientos, repeticiones, la permanencia y el arraigo, los escenarios, encuentros y situaciones de interacción, los patrones y rutinas espaciales o las trayectorias espaciotemporales, destacando la incorporación del tiempo como un elemento central de la espacialidad cotidiana (Lindón, 2006). En esta etapa, Anne Buttimer (1979) reflexionó sobre los conceptos de ‘espacio vivido’, ‘mundo vivido’, ‘experiencia vivida’ y ‘tiempo vivido’, para elaborar una perspectiva geográfica sobre la vida cotidiana. La autora propone que la participación en mundos sociales diversos influye en las formas de experiencia del espacio, a partir del diálogo continuo entre los cuerpos y el medio, donde es posible encontrar ritmos y rutinas, una memoria y un estilo de actuar, que se expresan espontáneamente.

Los sentidos y significados otorgados al espacio se volvieron centrales en el análisis de la subjetividad en la vida cotidiana, distanciándose de las visiones comportamentales y cognitivas y canalizando las preguntas hacia las corrientes existencialistas y fenomenológicas (Lindón, 2006). Para Yi-Fu Tuan (1979), el estudio del espacio desde una perspectiva humanista se centra en las emociones y los significados que le otorgan las personas es sus experiencias corrientes. En su perspectiva, el ‘lugar’ remite a un anclaje delimitado que representa certezas y seguridades, que contiene una acumulación de significados y de contenido simbólico (Lindón, 2006). Los lugares son pequeños mundos donde las personas establecen lazos emocionales con su ambiente material, le otorgan una identidad y una delimitación. Los patrones, las rutinas y experiencias diarias estabilizan un ‘sentido de lugar’, afectan las expectativas del cuerpo y configuran un campo habitual, en el cual las personas se mueven (Tuan, 1979). También el concepto de ‘espacio vivido’ adquirió notoriedad en esta etapa, para articular las condiciones materiales y las relaciones sociales con la visión subjetiva, las representaciones y las imágenes que tienen las personas acerca del espacio (Lindón, 2006).

Los estudios sobre la vida cotidiana desde perspectivas subjetivistas fueron cuestionados por los enfoques marxistas y estructuralistas de la época, por desatender las relaciones de poder que estructuran las experiencias diarias. Estas corrientes utilizaron la noción de cotidianidad para denunciar el modo en que la modernidad coloniza la vida diaria por medio de mercancías, como una forma de ‘alienación’ (Gregory et al., 2009). Al centrar el análisis en las prácticas de ocio y consumo, el cotidiano quedaba reducido a formas impuestas, organizadas, dirigidas y prefabricadas, donde las personas perdían autonomía y se constituían como sujetos pasivos —meros espectadores— en sus prácticas diarias.

Henri Lefebvre elaboró importantes contribuciones para repensar la tensión entre alienación y transformación, examinando los modelos de producción y reproducción social en el cruce de la sociología y la geografía. Siguiendo el análisis exhaustivo que realiza Lindón (2004) sobre su obra, la vida cotidiana no se reduce a las prácticas y los sentidos, sino que se refiere a los encadenamientos o al hilo conductor que los conecta. El tiempo vivido o cotidiano de las prácticas de los individuos se inserta en un contexto de relaciones sociales, en un espacio-tiempo social. Lefebvre observa, a lo largo de la historia, un movimiento constante entre las tendencias a la repetición, la reproducción y la colonización de la vida por la modernidad, por un lado, y la capacidad liberadora de transformación social, revolución, movimientos contestatarios, subversiones o crisis, por el otro. De esta forma, la vida cotidiana es el núcleo desde el cual las sociedades repiten tendencias, pero también rompen y construyen otras diferentes. El autor complementa la visión alienante con la posibilidad redentora del cotidiano, donde es posible una vida más auténtica, el cambio radical y la creación de espacios diferentes (Gregory et al., 2009).

Otra línea de cuestionamientos a la vida cotidiana como alienación, con una importante influencia en la geografía humana actual, es la obra de Michel de Certeau de 1980. En su extensa publicación *La invención del cotidiano*, el autor cuestionó el estudio de los sujetos como condenados a la pasividad y la disciplina y resituó su interés en el hacer, el habitar, el decir y el creer, en la esfera de lo singular. Su investigación sobre la cultura contemporánea se orientaba a reconocer la fabricación que realizan los usuarios o practicantes, “las maneras de emplear los productos impuestos por el orden económico dominante” (de Certeau, 2000, p. XLIII). Para ello, distinguió las ‘tácticas’ de los practicantes, obligados a ingeniárselas con las coacciones que les eran impuestas, de las ‘estrategias’ emanadas de las instituciones y las autoridades que producen las reglas y organizan el tiempo y el espacio (Giard, 2015). De este modo, indagó en las ‘maneras de hacer’ o prácticas a través de las cuales los usuarios se reapropian del espacio organizado por los técnicos de la producción sociocultural, modificando su funcionamiento mediante una multitud de tácticas articuladas con base en los detalles de lo cotidiano (de Certeau, 2000).

En los últimos años se han realizado nuevas contribuciones para articular el estudio del poder y la política en la producción cotidiana de espacios y territorios, incorporando una variedad de teorías, como el posestructuralismo, la teoría no representacional, la teoría del actor-red, la teoría menor, los estudios de género, entre otras. Ello permitió repensar los espacios cotidianos en relación con el cuerpo, la nación, lo global, la tecnología, las emociones, los afectos y lo no humano.

Las geopolíticas críticas han dedicado una importante producción académica a revisar la construcción de la idea de nación en la cotidianeidad, mediante el análisis visual, textual y discursivo. Buscaron entender cómo los símbolos y rutinas operan de manera inconsciente en las pequeñas cosas, como expresiones imperceptibles de la nacionalidad, en lo que se llamó ‘nacionalismo banal’ (Benwell, 2015). Algunos estudios tendieron a realizar asunciones sobre los modos de interpretación de los significados entre las audiencias, homogeneizando a los sujetos y las posibilidades de recepción de esos discursos, así como ignorando las prácticas, lo corporal y lo performático de las experiencias cotidianas (Dittmer y Gray, 2010; Sharp, 2007). Diferentes autores comenzaron a prestar atención al modo en que la ciudadanía actúa y percibe estas representaciones, a través de la idea de ‘nacionalismo cotidiano’ (Benwell, 2015), observando el poder estatal materializado y corporizado en prácticas diarias, a través de agentes y ejercicios cotidianos de creación de la nación.

Desde las geopolíticas feministas, Sharp (2007) sostiene la necesidad de incorporar los aportes de género en el estudio de las arenas informales de la política, reconocer las voces silenciadas y las prácticas mundanas, llevando los valores privados de la identidad al terreno del análisis público de la política. Esta corriente cuestionó la separación binaria de la esfera pública-política como opuesta a la esfera privada-doméstica-apolítica. Se propuso repolitizar el cotidiano, buscando empoderar a los grupos frecuentemente marginalizados o soslayados y reposicionar el cuerpo como una escala relevante de análisis (Dittmer y Gray, 2010). También han cuestionado la tradicional división topológica del poder en escalas y la relación lineal entre ciertas escalas y ciertos procesos, donde la noción de género solo aparece como relevante a nivel local, y los procesos políticos son pensados a niveles superiores y como realidades neutrales, aunque estén bajo dominio masculino (Dittmer y Gray, 2010; Sharp, 2007).

También la teoría menor que elabora Cindy Katz (1996, 2017) está teniendo una creciente influencia. Reconociendo que la política está en todas partes, especialmente en lo más personal, la teoría menor se orienta a observar las prácticas y emociones cotidianas que sostienen y aseguran las estructuras hegemónicas, así como examinar cómo son vividas y sentidas las relaciones abstractas de producción y reproducción. Desde este abordaje y posicionamiento, la autora promueve la construcción de nuevos ensamblajes y medios para responder a las formas de explotación y opresión, para resistirlas, transformarlas o deshacerlas. Paralelamente, entre las geopolíticas populares, Dittmer y Gray (2010) elaboran una propuesta de indagación que articula las lecturas feministas, las geografías emocionales, la teoría no representacional y la teoría del actor-red para el

estudio del cotidiano, considerando las nociones de cuerpo, afecto y *performance*. Consideran que la agencia —ya no concebida como intencionalidad subjetiva— se encuentra distribuida a través de redes de personas y objetos, y proponen que los cuerpos embebidos de tecnología operan como agentes políticos. Las prácticas de la vida cotidiana son corporizadas y comprometidas con la creación de afectos, son contextuales y están inevitablemente tecnologizadas a través del lenguaje y los objetos.

Las teorías, conceptos y debates reseñados han sido recuperados, reelaborados y complementados en el ámbito latinoamericano para pensar la vida cotidiana desde la geografía, en relación con diferentes ámbitos y contextos urbanos, rurales, carcelarios y educativos, entre otros. Para contribuir al conocimiento situado desde Latinoamérica, en este artículo se conciben las geografías cotidianas como un enfoque para comprender la espacialidad de las experiencias diarias, en la intersección de los cuerpos, los lugares, los ambientes, los objetos, los discursos y los contextos. Este enfoque se interesa por el espacio practicado, experimentado y vivido, para evidenciar aquellos elementos que no son visibles cuando el foco se fragmenta en un sujeto específico, un tipo particular de práctica o una única esfera de la vida. Ello no significa deshumanizar el lugar, sino resaltar la dimensión espacial del cotidiano, la cual es siempre socialmente construida.

Esta mirada trasciende el cotidiano del sujeto, pero lo implica y lo afecta. Se orienta a reconocer el modo en que prácticas ajenas y experiencias propias, imaginarios distantes y narrativas próximas, construyen cotidianamente un lugar, un espacio o un paisaje, a la vez que son constituidos por ellos. Las geografías cotidianas recuperan y reelaboran la tensión entre lo público y lo privado, lo exterior y lo interior, lo individual y lo social, lo material y lo simbólico, la alienación y la invención, la pasividad y la agencia, lo local y lo global. El habitar cotidiano también es atravesado por el conflicto, las contradicciones y las transformaciones. Como propone Yuval-Davis (2013), si bien la vida cotidiana tiene implícito un sentido de normalización, donde los hábitos y las repeticiones se asocian a la estabilidad y la continuidad, es también arena de conflictos y luchas. Para la autora, el cotidiano es una disputa por mantener la continuidad y acomodar las disrupciones constantes, la producción de lo nuevo, en una negociación constante.

La geografía revela una cotidianeidad que produce ciertos ritmos o pulsos, configura experiencias y emociones, trayectorias y conflictos, que participan en la producción de un lugar, un espacio o un paisaje. Siguiendo a Massey (1991), puede pensarse en una constelación de relaciones sociales que se entrecruzan e intersectan de manera cotidiana, configurando un punto de encuentro

o un momento articulado de redes sociales e interpretaciones. El habitar deviene una forma de construir, contestar y disputar las prácticas y los sentidos multiescalares. Los ‘microespacios’, las ‘microterritorialidades’ y las ‘microescalas’ adquieren relevancia para reconocer la cotidianeidad de una calle, un barrio, una esquina o un puente, como formas donde la experiencia diaria condensa, cristaliza y promueve afectos, sentidos, prácticas, memorias, procesos y resistencias.

SITUANDO EL COTIDIANO EN LOS ESTUDIOS SOBRE FRONTERAS

En el marco de los estudios sobre fronteras estatales, el interés inicial por develar las formas en que los Estados producen regímenes de ordenamiento y diferenciación —sintetizado en la idea de fronterización— fue gradualmente acompañado por el reconocimiento del modo en que las personas se apropian y resignifican aquellos procesos en sus vidas diarias. Como lo expresa María Lois (2022), el objeto de los estudios sobre fronteras se ha ido desplazando desde el razonamiento geopolítico de las élites hacia las prácticas, expresiones y agentes donde se reproducen y exhiben esos razonamientos, con efectos performativos. En los estudios actuales se hace evidente un creciente diálogo con una variedad de disciplinas y perspectivas, abriendo el abanico de teorías y conceptos con los que se abordan las fronteras estatales. De todos modos, esta indagación observa algunas diferencias en los distintos ámbitos académicos.

En la producción europea y norteamericana, la temática del cotidiano comenzó a incorporarse explícitamente en diferentes publicaciones sobre fronteras estatales, particularmente en el marco de la geografía política. Muestra de ello es el libro colectivo *Situando las fronteras en la vida cotidiana* (Jones y Johnson, 2014, traducción propia), en cuyo capítulo introductorio —“¿Dónde está la frontera?”— los autores sostienen que los encuentros con la frontera estatal se han vuelto cotidianos en una multiplicidad de interacciones, pero lejos del límite internacional. Colocan la atención en las ciudades o centros nacionales, a partir de la advertencia del creciente desplazamiento de las fronteras desde los límites hacia una multiplicidad de locaciones. El interés por la ‘frontera desplazada’ emerge en aquellos países donde los tradicionales puestos fronterizos de control han perdido relevancia y las principales problemáticas se vinculan con los crecientes flujos migratorios.

En esta línea de trabajo se fue delineando una concepción particular que parte de la constatación de la persistencia, multiplicación, dislocación-relocalización y ubicuidad de las fronteras estatales. Indagan en las nuevas locaciones y actores que corporizan o materializan los procesos de fronterización estatal. Desde lecturas posestructuralistas, estos trabajos se proponen

develar la operación de los procesos de control y vigilancia, de maneras difusas e imperceptibles en el día a día, a través de la reproducción de la diferenciación y la exclusión de la otredad nacional. Argumentan que la fronterización cotidiana se ha convertido en una importante tecnología de control, tanto de la diversidad social como de los discursos sobre la diversidad, amenazando la convivencia en las sociedades plurales, a la vez que reconstruyendo la ciudadanía cotidiana (Yuval-Davis, Wemyss y Cassidy, 2017).

Este análisis resulta central para continuar desesencializando el estudio de las fronteras (Lois, 2022), en la medida en que contribuye a evitar su fijación como un elemento estático y posibilita pensarla como procesos, prácticas, reglas, instituciones en permanente movimiento y transformación. También permite visualizar formas, objetos y acciones menos evidentes que materializan las fronteras en el cotidiano. Sin embargo, esta visión suele enfocarse prioritariamente en la dimensión securitaria y excluyente de la frontera, como una operación o estrategia definida y gestionada en función de los intereses de los organismos de control estatal. En cambio, la agencia de los sujetos no siempre aparece como un elemento central.

En el ámbito latinoamericano, la indagación sobre las fronteras se asentó en una tradición de estudios regionales o locales que aún sitúan mayoritariamente la discusión en los bordes de los Estados. Aquí, las adyacencias limítrofes todavía adquieren gran relevancia para las prácticas y procesos de fronterización, tanto para las políticas públicas como para las y los habitantes. Los estudios latinoamericanos, por lo general históricos o antropológicos, tienen como enfoque predominante el interés por las formas en que las poblaciones locales narran, practican y experimentan las fronteras en la vida cotidiana, aunque no siempre revisan esta noción de manera explícita.

Algunos estudios recientes han puesto en discusión la noción de ‘cotidiano’ en este campo de estudios. En la frontera México-Guatemala, el trabajo de Camacho Velázquez et al. (2021) reflexiona sobre el proceso de fronterización vivido desde la perspectiva de sus habitantes y expone las formas múltiples de vivir la frontera, que permiten caracterizarla “tal como es, diversa y viva” (p. 159). Por su parte, Núñez et al. (2017) observan que el despliegue de una narrativa nacional en la frontera argentino-chilena se acompaña de expresiones multiescalares desde el habitar, que favorecen la negociación de significados, la reapropiación del espacio, así como las reinenciones y relecturas sobre la noción de ‘frontera’. En el estudio de la zona fronteriza de Argentina con Brasil y Paraguay, Renoldi (2015) propone comprender la vida como constitutiva del medio, en ámbitos

integrados de experiencia y significación, donde el ambiente no es preexistente sino una experiencia creativa tramada entre la vida animada e inanimada.

Estos y otros estudios del cotidiano se han orientado a contestar la visión securitaria y punitivista sobre la frontera, que aún tiene gran vigencia en los países latinoamericanos. Aquellos trabajos se interesan por las narrativas sobre el habitar fronterizo que quedan ocultas o se contraponen a los discursos dominantes acerca de la violencia, el abandono estatal y la migración como hecho conflictivo (Camacho Velázquez et al., 2021). El cotidiano se posiciona como un enfoque teórico-metodológico relevante para estudiar las formas de habitar las fronteras latinoamericanas en tanto espacios de encuentros y desencuentros, desde la perspectiva centrada en los tránsitos e imaginaciones diarias. Permite repensar los alcances y limitaciones de la organización de los espacios nacionales por parte de las esferas de poder a otras escalas, así como las estrategias, resistencias y reinenciones que se producen cotidianamente. Esta mirada propone analizar el modo en que la confluencia de relaciones socioespaciales construye cotidianamente una frontera y configura ciertas formas diarias de experimentar y narrar la diferencia y el contacto con otredades/alteridades. Como propone Renoldi (2015), las rutinas de la vida cotidiana reformulan las grandes categorías que sustentan la legitimidad de la frontera como referencia universal, donde cada habitante vive la frontera como una experiencia y, a través de sus usos y recorridos, la reinventa.

Se propone aquí contribuir a delinear una perspectiva geográfica sobre la frontera como espacio practicado, experimentado y vivido, que condensa afectos y emociones, pero también conflictos y resistencias. La producción fronteriza es una construcción cotidiana y heterogénea, siempre en diálogo con la organización y el ordenamiento que emana desde los centros nacionales. La 'frontera habitada' o la 'frontera vivida' es un enfoque que permite observar la configuración de formas cotidianas de transitar, recorrer, experimentar y disputar estos espacios, así como reconocer el modo en que cada experiencia cotidiana reactualiza y negocia lo posible, lo deseable, lo conocido o lo deseado.

ARTEFACTOS FRONTERIZOS DE LA COTIDIANEIDAD

Para examinar la cotidianidad fronteriza desde una mirada geográfica, este trabajo propone recuperar la materialidad de las formas espaciales en su intersección con las emociones, las experiencias, las memorias y las historias de sus habitantes. Algunos estudios vienen trabajando de manera fructífera el cruce de la materialidad y los procesos sociales a través de la noción de

‘arquitectura fronteriza’, concebida como “dispositivos panópticos de control visual, que disciplina a las personas aún en ausencia de vigilancia y control real” (Rivera y Galaz-Mandakovic, 2022, p. 454). Aquí se propone, en cambio, reconstruir la noción de ‘artefactos fronterizos’ para reflexionar acerca de la producción cotidiana de las fronteras estatales. Se toma prestado de la antropología cultural el concepto de ‘artefacto’, entendido como toda externalización o cristalización de las acciones sociales que modifican el mundo, y que comprende materialidades más o menos estables. Siguiendo esta propuesta, los artefactos son productos humanos que presentan relaciones variadas, complejas y cambiantes entre sus elementos constitutivos, así como “con otros artefactos, con el ambiente artefactual que los rodea y con los gestos y las representaciones de los actores que los crean y/o utilizan” (Montani, 2016, p. 19).

Estos artefactos emergen de una estructura y organización social orientada a la exclusión, la vigilancia, el control o la separación, pero también son reapropiados y resignificados, reinventados y resistidos de diversas maneras. Responden a proyectos políticos (Rivera y Galaz-Mandakovic, 2022), pero también contienen intenciones sociales (Montani, 2016). La idea de artefacto trasciende la noción de ‘objeto’ como algo que se puede apropiar, poseer o intercambiar, para abrirse a otras producciones humanas mediadas por técnicas, habilidades, diseños e invenciones. Como propone Haesbaert (2019), el artefacto da cuenta de un constructo que es al mismo tiempo material-funcional, en relación con las prácticas económico-políticas de producción del espacio; ideal-simbólico, como representación y espacio vivido; y creativo, orientado al arte de hacer.

Los artefactos fronterizos son, entonces, pensados como materialidades que cristalizan, condensan y promueven prácticas, relaciones, representaciones, emociones e invenciones acerca de la unidad y la alteridad, de la pertenencia y la exclusión, de estar y transitar entre aquí y allí. Su materialidad no es preexistente, sino un acontecimiento que emerge de la frontera como experiencia (Renoldi, 2015). La noción de ‘artefacto’ no busca volver a objetivar o estatizar la frontera, sino evidenciarla como producción humana cotidiana y, a través de su materialidad, exponer las experiencias que reconfiguran las marcaciones, las identificaciones, las diferencias, la otredad, por medio de pequeños actos, decisiones, tácticas y sentimientos.

Este trabajo reconstruye cuatro artefactos fronterizos: la esquina, la tranquera, el puente y el desierto. La materialidad de estos artefactos ayuda a visibilizar un conjunto de procesos, técnicas, tácticas y relaciones no siempre evidentes. También invita a pensar la espacialidad fronteriza, a través de diferentes categorías geográficas asociadas a su estudio. Se propone que la idea de ‘artefacto fronterizo’ permite establecer un diálogo fructífero entre la espacialidad, las/los

habitantes y las fronteras; entre los procesos de fronterización, transfronterización y las formas de habitar cada espacio; entre las prácticas cotidianas fronterizas y la configuración de lugares, paisajes y territorios.

Cada artefacto tiene una finalidad heurística: reunir diferentes perspectivas, teorías y conceptos que ayudan a pensar la producción cotidiana de las fronteras estatales en la actualidad latinoamericana. Para cada uno de ellos se recupera una serie de trabajos que, de manera más o menos directa, contribuyeron a pensar estos artefactos, desde posicionamientos divergentes, como las teorías posestructuralistas, fenomenológicas, decoloniales, feministas, entre otras. También se proponen algunas vías de escape para delinear nuevas posibilidades de estudio.

LA ESQUINA: LUGARES Y AFECTOS

La esquina es aquí concebida como un ‘lugar’ que condensa experiencias, prácticas, emociones y afectos. Es simultáneamente cruce de caminos, punto de encuentro, tiempo de espera, espacio de oportunidad y sitio de conflictos. En un trabajo sobre espacios microsociales y postsociales de producción de fronteras, Poblete (2012) observa la reunión de personas migrantes —por lo general, hombres latinoamericanos indocumentados— en la esquina de las megatiendas del rubro de la construcción, en algunas ciudades de los Estados Unidos. Ellos están a la espera de ser contratados como jornaleros en aquel rubro, frecuentemente de manera precaria e informal. El autor argumenta que, en la esquina, los cuerpos migrantes son exhibidos y expuestos; son portadores al mismo tiempo de una marca-estigma de su condición migrante y de su aptitud para el trabajo duro. Observa que esa situación de alta exposición y visibilidad, además de permitirles encontrar trabajo, también habilita prácticas de rechazo, racismo y discriminación, por ejemplo, a través de ordenanzas municipales que se orientan a expulsarlos de esos sitios.

En su propuesta, la esquina opera como un ‘lugar de fronterización’ en el ámbito de la vida cotidiana, como zona de contacto cultural y político en tiempos de globalización neoliberal. La esquina es un punto de encuentro de personas migrantes con empleadores temporales, con transeúntes y habitantes del barrio, con compradores que consumen en esas tiendas, con legisladores que norman el uso del espacio, con autoridades municipales o con fuerzas de seguridad. En este análisis, la esquina opera como lugar de diferenciación y discriminación. Poblete (2012) cruza los conceptos de lugar y de cuerpo para pensar la producción del ‘afecto’. Observa que en estos espacios microsociales predomina una forma abierta de estructuración y explotación del afecto, propia del capitalismo: el miedo a los otros, el temor, el riesgo y la inseguridad.

La esquina puede pensarse como una zona fronteriza donde se concretan procesos abstractos —reestructuración productiva, privatización, segregación— y definen las posibilidades de las personas migrantes, organizan sus interrelaciones, configuran sus experiencias y atraviesan sus cuerpos. La esquina como lugar se produce a partir del encuentro, la condensación y superposición de una multiplicidad de relaciones multiescalares (Massey, 1991). Entran en diálogo la escala global, nacional y del cuerpo, así como los procesos de globalización, de fronterización y de discriminación. La esquina no se delimita de manera local, sino que es un producto de relaciones y procesos distantes, en una espaciotemporalidad más extensa.

Sin embargo, la esquina también puede pensarse desde una perspectiva urbana y a escala local. La temporalidad propia de la esquina suele ser efímera: se está de paso. Quienes buscan trabajo allí pueden estar unas horas, un ‘rato’. Quienes ofrecen trabajo pasan por el lugar solo para negociar y transportar a los trabajadores. Quienes transitan por el lugar reconstruyen ‘al pasar’ sus imaginarios sobre la nación, la migración, la identidad y los sentidos de pertenencia en unos pocos minutos. También, las fuerzas de seguridad pueden llegar de manera eventual para realizar operativos. Los legisladores y gobernantes ordenan este espacio cotidiano a la distancia, sin tener que acercarse. Sin embargo, estas prácticas se reproducen todos los días y es la repetición la que produce sentidos y experiencias en torno a la esquina. Tal como observó Whyte (1971) en relación con los ‘muchachos de la esquina’, ellas devienen centros de actividades sociales para grupos de jóvenes en determinados barrios. Para ellos, la esquina urbana opera como punto de encuentro para el esparcimiento, lugar en el que se construyen las relaciones barriales de poder, ‘cuartel’ desde donde se definen planes grupales de acción, fuente de ingresos por juegos callejeros, y sitio donde se marcan las formas de pertenencia. De este modo, la esquina es diariamente reconstruida como espacio vivido. Los actos eventuales o sostenidos, cercanos o distantes, configuran el día a día, las expectativas, los miedos, las decisiones que toman las personas cotidianamente en torno a ese lugar de encuentro/desencuentro.

En este sentido, y desde una perspectiva/escala corporal, humana y subjetiva, la esquina es un lugar practicado: emerge de las prácticas cotidianas que hacen a las formas de habitar (Stock, 2004). La repetición puede tener diferentes protagonistas todos los días, pero los sentidos y valores socialmente otorgados persisten. La esquina condensa la idea de oportunidad o progreso por la posibilidad de obtener ingresos; confraternización, amistad o camaradería entre personas que reconocen una misma pertenencia; recuerdos y memorias de los lugares abandonados; miedo e inseguridad por las situaciones que se enfrentarán en cada jornada. También, condensa las visiones

de otros transeúntes que pueden oscilar desde la compasión hasta el rechazo. Para quienes gobiernan, esas esquinas devienen un problema a resolver. Sus significados no son únicos ni compartidos por todos. Son movilizados en función de cada proyecto de vida (Stock, 2004), proyecto político o plan económico. Esas rutinas diarias configuran un sentido de lugar atravesado por visiones múltiples, el cual afecta las expectativas y configura las experiencias en 'esa' esquina. Las prácticas cotidianas producen afectos, y estos, a su vez, participan dialógicamente en la producción de lugares, reconfigurando las prácticas sociales. También ellos articulan con los afectos y experiencias que se producen en lugares distantes, como la frontera entre México y Estados Unidos, o las ciudades de origen de quienes migran. Los procesos, relaciones e imaginarios transnacionales también configuran en la esquina un sentido global de lugar (Massey, 1991).

La esquina funciona como punto de encuentro de un conjunto de movilidades, relaciones y trayectorias. Allí se detienen temporalmente, negocian sus condiciones de existencia y continúan su viaje. La esquina, sin embargo, persiste como artefacto que cristaliza y condensa las relaciones, experiencias, emociones e imaginarios, pasados y futuros. No cualquier esquina deviene lugar de fronterización. Ellas se forjan a partir de un entramado de condiciones y relaciones sociales, espaciales y temporales particulares. Emergen en ciertos cruces de calles, en ciertos barrios, en ciertas ciudades, donde existen mercados de consumo y de trabajo con determinadas características, con ciertas trayectorias pasadas que configuran lugares posibles para proyectar un futuro mejor. La esquina es un artefacto fronterizo no visible o evidente. Es una frontera vivida que participa en las redefiniciones identitarias y marcaciones de pertenencia de quienes allí habitan (transitan, trabajan, luchan, estudian), estableciendo quiénes pueden, deben o desean pertenecer.

EL PUENTE: MOVILIDADES Y RITMOS

La instalación de una infraestructura de circulación transfronteriza, como un puente internacional, se inserta de múltiples formas en la vida cotidiana de las personas que allí habitan. Si se toma el puente como escala (Benedetti, 2020), es posible reconocer los itinerarios de las personas que lo cruzan diariamente, sus experiencias y los significados que evoca. Sobre el puente se definen formas de relacionamiento múltiples, sean familiares, comerciales, laborales, educativas, recreativas, entre otras tantas.

Para numerosos puentes transfronterizos sudamericanos, las prácticas cotidianas de cruce involucran a numerosas personas llevando y trayendo mercaderías a pie o en vehículos livianos. Lo hacen en pequeñas cantidades, en función del peso que pueden trasladar, para no superar los montos establecidos o para evitar confiscaciones de los agentes aduaneros. Una misma persona

puede realizar una gran cantidad de cruces cada día, ya sea para abastecer a otros nodos de una cadena logística o para vender esa misma mercadería al otro lado, siendo este su principal medio de vida. Esta rutina está inserta en redes de relaciones que generan condicionamientos y posibilidades, conflictos y oportunidades.

Desde la perspectiva del Estado, los puentes internacionales se constituyen como dispositivos para, simultáneamente, facilitar la circulación y controlar el movimiento. Al canalizar los flujos en un único punto de cruce, se condensan allí las instituciones y agencias de regulación de la movilidad. El puente define, por un lado, un régimen fronterizo selectivo que clasifica lo que puede circular por el puente y lo que no. Por otro lado, se produce una división normativa del espacio, que organiza unas geografías del cruce legal y otras del cruce ilegal. Si bien el puente se sitúa entre las primeras, sobre su traza opera toda una serie cotidiana de negociaciones, tensiones, impedimentos, permisos y flexibilidades que lo definen como un espacio en disputa.

Desde la perspectiva del habitar, el puente participa intensamente de las relaciones cotidianas transfronterizas. Quienes transitan la frontera diariamente configuran sus espacialidades en relación con el puente, para usarlo, aprovecharlo, cortarlo o no cruzarlo. Como artefacto fronterizo, los puentes tienen la capacidad de articular y combinar las prácticas de las comunidades fronterizas con los ordenamientos delineados por los Estados nacionales. Los regímenes fronterizos se constituyen como parte de la vida de los habitantes.

En un estudio sobre el puente internacional Posadas-Encarnación (Argentina-Paraguay), Linares (2017) observa el modo en que los requisitos y procedimientos de control se van transformando en parte de la vida cotidiana de quienes cruzan. Los actores locales reconocen un cierto latir de esa forma de cruce, configurado por los días y horarios, la afluencia de personas, sus intereses, las maneras de hacer los controles, los problemas emergentes, el conocimiento y la experiencia fronteriza: el puente produce 'ritmos cotidianos' de la frontera. Siguiendo a la autora, el cruce consiste en una serie definida de pasos a seguir, instrucciones, permisos y prohibiciones que hacen de la frontera un espacio restringido o controlado. Todo ello opera sobre las representaciones, sentimientos y sensaciones de las personas que quieren o pueden cruzar. Según Renoldi (2015), la frontera es un lugar privilegiado para la escenificación de la ley, que se materializa y simboliza en cosas y acciones —barreras, filas, documentos, uniformes, tonos, expresiones—, donde la autoridad se hace sentir en los cuerpos de quienes transitan.

Posadas y Encarnación son ciudades con un importante número de habitantes y un flujo constante de personas y mercaderías que atraviesa el puente. Al igual que en muchos de los puentes del sur americano, la intensa circulación definida por flujos multiescalares superpuestos produce largas filas y tiempos de espera. La gran afluencia complejiza su utilización para muchas prácticas cotidianas, como acudir a un evento, una clase, un encuentro deportivo o un turno médico y, a la vez, hace que frecuentemente se flexibilicen los controles.

La imaginación en torno al puente produce una representación de fluidez y agilización, de acercamiento y acortamiento de las distancias espaciotemporales que, sin embargo, se concretan en una materialidad de los tiempos lentos de los controles fronterizos. Cada modo de transporte (público o privado, ligero o pesado) reconoce especificidades en los tipos de controles, los costos y las demoras, y define unas movilidades diferenciales para las distintas posibilidades de cruce. Las tácticas de quienes habitan estas ciudades se orientan a buscar la mejor forma de aprovechar los intersticios de este cruce. El puente superpone e intrinca múltiples ritmos espaciotemporales (Lindón, 2011), donde se conjugan la aceleración y la desaceleración, la proximidad y el aislamiento, lo privado y lo público, la adaptación y la resistencia.

La frontera entre Argentina y Paraguay se ha ido instalando en las políticas y discursos estatales argentinos como un problema de seguridad, lo cual imprime en el cotidiano fronterizo de estas ciudades todo un conjunto de prácticas, tecnologías y discursos de vigilancia y control. Linares (2017) observa en el puente una serie de tensiones diarias que se originan a partir del 'encuentro' entre cruzadores y agentes de control. En particular, la autora examina la movilidad diaria de las paseras paraguayas que basan su sustento económico en el traslado constante de mercaderías. Los agentes de seguridad definen ese cruce como un problema cotidiano, compartido por todos los que están en el puente. Estar en el puente implica un conocimiento, un saber hacer, saber reconocer, saber actuar. Esta cotidianeidad produce una familiaridad pero que no es amistosa, ya que puede convertirse en una experiencia estresante, desgastante e incluso humillante para quienes cruzan.

El puente, como artefacto fronterizo, a la vez conecta y separa. Oliveras (2020) lo concibe como un actante híbrido, un ensamblaje socioespacial con el que los operadores humanos confirman y reafirman la frontera, articulando sentidos opuestos de tensión y fluidez. Sostiene que el puente opera como elemento utópico de la integración y puede convertirse en símbolo de amistad, cooperación y superación de divisiones, con manifestaciones, eventos y abrazos públicos. Pero también puede ser objeto de luchas, resistencias y disputas, donde habitantes, comerciantes y

trabajadores locales asientan sus reclamos y negocian las representaciones de clase, nacionalidad y género (Grimson, 2000). Como propone Renoldi (2015), los movimientos son relaciones atravesadas por la frontera, que simultáneamente crean semejanzas y acentúan contrastes, proyectan vínculos y crean oportunidades. Las rutinas, trayectorias e itinerarios diarios desafían las separaciones nacionales y las expectativas de estabilidad, y garantizan a las personas la ampliación de recursos. De este modo, sostiene la autora, la frontera amplía el universo de posibilidades y reformula las distancias culturales, en el mismo proceso de marcar las diferencias.

El puente condensa una espacialidad social fronteriza que se reconstruye de manera cotidiana. No solo produce cambios técnicos en las formas de circulación, sino también, modifica las percepciones, las representaciones y las imágenes acerca del 'nosotros' y 'los otros' (Grimson, 2000). El puente es arena de conflictos y contradicciones, genera tensiones entre las formas de habitar y transitar, produce y reproduce asimetrías. En la cotidianeidad, cada sujeto que cruza, en cada interacción, experiencia y encuentro con el puente, pone en acto todo un conjunto de estrategias, negociaciones, decisiones y especulaciones que van cambiando día a día, en función de los tipos de cambio, la rigurosidad de los controles, la percepción sobre su propia seguridad y sobre la conveniencia o no de efectuar ese cruce. En cada trayecto como repetición creadora se aprecia la densidad de la trama de relaciones que tejen las personas y las cosas, a través del parentesco, la amistad o la vecindad, mediadas por sentimientos y actitudes, como vergüenza, necesidad, cuidado, resentimiento o amor (Renoldi, 2015). En el transitar del puente como artefacto fronterizo no solo se movilizan personas y objetos, sino, principalmente, estrategias, recursos, diferencias, ideales y sentimientos.

LA TRANQUERA: EXPERIENCIAS Y SÍMBOLOS

En aquellas fronteras donde la vida no transcurre en ciudades densamente pobladas con cruces masivos y constantes de vehículos, personas y mercaderías, la cotidianeidad adquiere otros matices. Son ámbitos rurales o montañosos, con familias asentadas de manera dispersa o en aglomerados de escasa magnitud, donde los caminos, por lo general no asfaltados, anteriormente solían ser transitados con animales de carga. Lejos de los puentes o muros que se convierten en símbolos públicos y visibles de lo que no se quiere ver, lo que se quiere controlar o se pretende inmovilizar, estos otros sitios cuentan con marcas menos rimbombantes de la nación.

Algunos lugares de la frontera patagónica argentino-chilena reúnen estas características demográficas y geopolíticas, que presentan un contraste para el estudio del cotidiano. Poblaciones dispersas y relaciones familiares históricas, infraestructuras viales escasas o deterioradas,

instituciones estatales ausentes o distantes, una historia reciente de conflictividad diplomática/bélica y la instalación de imaginarios nacionalistas son algunos de los elementos que se repiten en los estudios de la cotidianeidad fronteriza en estas latitudes.

La tranquera aparece allí como ‘símbolo’ que condensa la idea de frontera. Se evidencia una fusión de la tranquera con el límite internacional, lo que da cuenta del avance simultáneo de políticas de colonización y nacionalización en la Patagonia. Este artefacto combina instituciones y dispositivos de ordenamiento y control, no solo nacionalistas sino también capitalistas. El alambrado —acompañante necesario de la tranquera— constituyó una invención técnica decisiva para el desarrollo de las fuerzas del capital global sobre zonas periféricas del mundo (Richard y Hernández, 2018), generalmente sobre territorios indígenas. La avanzada del capital y el Estado se fue solapando, superponiendo o sucediendo de maneras diversas.

Los hitos o mojones nacionales frecuentemente se superpusieron con las tranqueras y los alambrados en la Patagonia. Se funde y se confunde la propiedad privada y la soberanía nacional. La tranquera-alambrada-frontera algunas veces interrumpe anteriores caminos de tránsito vecinal; a veces opera como puerta de acceso a una vivienda, que es también el acceso a otro país. Richard y Hernández (2018) observan en los alambrados una tecnología perimetral que simboliza, pero también materializa, un régimen de propiedad, un régimen de producción y un régimen de trabajo. Como señalan los autores, reorganiza simultáneamente lo continente y lo contenido. La tranquera forma parte de esa territorialidad que reconfigura las relaciones sociales. Como puerta de acceso, evidencia la regulación de la movilidad y la circulación en función de los regímenes de pertenencia y exclusión.

Al estudiar las experiencias de las familias que comparten una historia común previa a la demarcación limítrofe de la frontera argentino-chilena, Núñez et al. (2017) observan el modo en que las políticas de colonización estatal instalaron artefactos sociales que resignificaron las prácticas locales. Se configura un contrapunto entre los sentidos que ha ido fijando la nación sobre la cordillera de los Andes como paisaje patrio y las reapropiaciones, reinvencciones y relecturas que se producen en el cotidiano de esa frontera. Ilustran su trabajo con una foto del habitante, el hito y la tranquera.

La experiencia del habitar, siguiendo a los autores, expresa la relación del habitante con la morada, donde entran en juego la memoria, el arraigo, la copertenencia entre el sujeto y el paisaje, las experiencias construidas, no solo desde las acciones, sino también desde los silencios, las

rupturas y las resistencias. Observan cómo el quehacer cotidiano, el mundo ordinario, la rutina, el devenir del día a día se traducen en misterio, silencio y ausencia frente a la homogeneidad que representa la escala nacional. La frontera es entonces concebida como ‘experiencia territorial’, como memoria que sustenta el caminar, el hacer diario y el saber familiar de los habitantes. Si bien la nación es distante a su quehacer cotidiano, los atraviesa permanente en los símbolos con los que interactúan diariamente, como las banderas, las escuelas, las celebraciones patrias, y también las tranqueras-hitos.

Pérez (2019) sostiene que el estudio de la geopolítica del cotidiano y las formas de habitar el espacio fronterizo argentino-chileno permite revelar el modo en que las relaciones binacionales afectan las experiencias y prácticas cotidianas locales. Sostiene que los instrumentos de ordenamiento territorial actuaron como una estrategia para imponer la soberanía, modificando la cotidianeidad fronteriza de la región. En el periodo de mayor conflictividad por la demarcación limítrofe, aquellas políticas afectaron las formas de movilidad e intercambio y definieron un espacio de escasa conectividad para la circulación terrestre transfronteriza, donde los caminos se han visto interrumpidos o no cuentan con mejoras técnicas que habiliten su tránsito. Este se ha convertido en uno de los principales reclamos de la paradiplomacia local, frente a las políticas nacionales que no responden a las necesidades de los habitantes.

En los estudios sobre la Patagonia, la tranquera-alambrado fragmenta la espacialidad cotidiana. Este artefacto configura un adentro y un afuera, regula las formas de cruce, ordena los puntos de acceso. Cristaliza la memoria de los caminos transitados a caballo antes de su prohibición por los regímenes nacionales de circulación. También recuerda la imposibilidad de cruce por no haber instituciones nacionales habilitantes, por no contar con vehículos apropiados o cerrarse los caminos. El cruzar y el no cruzar, el pertenecer a un lado o al otro, la nacionalidad y la extranjería quedan plasmadas en las fotos de las tranqueras-fronteras.

En estos sitios, el habitar fronterizo proyecta rasgos nacionalistas, donde el ciudadano nacional emerge del devenir cotidiano. El habitante local se transforma en un agente geopolítico que desde su hacer “...produce y rehace el sentido comunitario y de pertenencia a la nación y [...] pone en valor un devenir que les pertenecía incluso antes que llegara la nación y sus límites” (Núñez et al., 2019, p. 185).

La tranquera como artefacto cotidiano es, sin embargo, fácilmente manipulable. Habilita rápidamente la agencia, la resistencia, la invención de tácticas propias del habitar que no

responden a las normas impuestas. Favorece y habilita las prácticas de encuentro amistoso, familiar, recreativo. Pero en el artefacto persiste la marca de la nación, símbolo y materialidad que opera como un recordatorio cotidiano de las pertenencias.

EL DESIERTO: PAISAJES E IMAGINARIOS

La relación de los desiertos con las fronteras nacionales tiene una larga trayectoria en Latinoamérica, en el marco del avance de la estatalidad nacional y el capitalismo. Las figuras desérticas se han movilizad para designar espacios con características ambientales diversas, con la intención de vaciarlos de población y formas de vida y legitimar la expansión, ocupación y extracción. La producción del desierto contiene efectos de sentido destinados a elaborar fundamentaciones pragmáticas o científicas respecto del proyecto político de expansión territorial (Lois, 1999). El proceso expansionista imprimió sobre ellos un ‘imaginario’ asociado a la escasez, la falta de vida, la hostilidad y la desolación, asignándole emociones negativas, como tristeza, espanto, desencanto o soledad.

Sin embargo, lejos de ser espacios vacíos, aquellos ambientes áridos, con escasas precipitaciones e intensos procesos de erosión siempre mantuvieron distintas formas de vida, de circulación y de explotación económica. Las tierras desérticas son ‘paisajes habitados’, mediados por relaciones sociales, atravesados por los cuerpos, las percepciones y los afectos. Morales et al. (2018) caracterizan el paisaje del desierto en base a los contrastes con ámbitos de intensa explotación agraria o con arquitecturas coloniales y urbanas, y observan que el movimiento es un signo permanente de la población.

En el desierto al sur de los Estados Unidos, Juanita Sundberg (2017) reflexiona sobre el tránsito que realizan personas migrantes desde Latinoamérica para llegar —caminando— hasta aquel país. La autora señala que las políticas estadounidenses de reforzamiento de los controles fronterizos con México, en la década de 1990, reorientaron las moviidades migrantes hacia áreas más remotas y difíciles de atravesar. En esta imaginación geográfica, el desierto por sí mismo se encargaría de impedir las moviidades no deseadas. Sin embargo, el tránsito migrante continuó y creó nuevos paisajes fronterizos en el desierto a partir de los trayectos que realizan las personas en su búsqueda de oportunidades de sustento, trabajo y mejores condiciones de vida.

La autora se centra en el tránsito que realizan las pertenencias íntimas y personales cuando salen de la esfera de lo doméstico y acompañan a los viajeros en su camino. Estos objetos de la vida cotidiana, que funcionaban como medio para sobrevivir en el desierto o como recuerdos para

aliviar las penas del desarraigo, son perdidos o desechados en el camino —de manera voluntaria o forzada—, creando nuevos paisajes desérticos repletos de objetos, colores, formas y materias. Los objetos desechados devienen huellas de un tránsito cotidiano por el desierto. Sus condiciones climáticas conservan muy bien los vestigios materiales. Todo queda impreso en el desierto y da como resultado un paisaje material de “una extraordinaria riqueza y complejidad, lleno de vestigios, de restos, de huellas en todas partes” (Morales et al., 2018, p. 78).

A veces, estos objetos son encontrados en los recorridos habituales que realizan las organizaciones de la zona para mantener un ambiente limpio y son convertidos en ‘basura’. A veces, son relocalizados en las puertas de las oficinas de gobierno en manifestaciones políticas contra la llegada de personas migrantes. También son frecuentemente resituados y exhibidos en muestras artísticas que buscan recomponer esos tránsitos, insertándose en las experiencias de los visitantes —estadounidenses— en sus tiempos de ocio. Estas huellas cotidianas son, a la vez, productos y productoras de las relaciones y los procesos que se tejen sobre la migración. En el trabajo de Sundberg (2017), los objetos oscilan entre significados diversos como pertenencia íntima, como basura o desperdicio humano, como símbolo de la invasión y objeto de protesta, o como remanente devenido en objeto de arte para su admiración. En todos los casos, conforman objetos de la vida cotidiana, con sentidos y emociones muy diversas y contrastantes. Esto da cuenta de la heterogeneidad de las formas de habitar el paisaje del desierto, y de involucrarse con su materialidad y su imaginación.

Los ‘paisajes fronterizos’ articulan conflictivamente lo representado y lo vivido, cuando se producen cambios en los discursos y los imaginarios habituales que operan sobre ellos (Nogué, 2014). Las imágenes arquetípicas que se asignaron a un paisaje fronterizo como parte de la identidad nacional tensionan con las formas cotidianas de uso y tránsito, que lo redefinen como usado, vivido, resignificado, interpretado y percibido. El paisaje habitado visibiliza la multiplicidad de experiencias y representaciones de la frontera (Brambilla, 2015), reconociendo el modo en que los procesos y las políticas de los bordes se articulan con la vida cotidiana.

El encuentro entre objetos (pertenencias, basuras, remanentes) y personas (migrantes, agrupaciones, manifestantes, políticos, artistas), reorganiza las identidades, las pertenencias y las demarcaciones entre ciudadano y extranjero, limpieza y suciedad, higiene y contaminación. Para Sundberg (2017), ese encuentro genera una ‘imaginación geopolítica cotidiana’ que produce y desestabiliza las demarcaciones, a la vez que naturaliza y justifica las políticas estatales.

El desierto como artefacto fronterizo evidencia las resistencias a los regímenes predeterminados de ordenamiento social y político (Brambilla, 2015). Define un paisaje habitado que es rehumanizado como espacio de vida, visibilizado como espacio de conflicto, narrado a través de múltiples voces que —de manera implícita o explícita— cuentan sus historias, sus experiencias y sensaciones a través de las huellas. El desierto-artefacto puede pensarse a partir de lo que Nogué (2014) define como un conflicto paisajístico entre aquello que vemos y aquello que deseamos, soñamos o tenemos como referente. Este artefacto fronterizo condensa las prácticas, las experiencias, las sensaciones y los imaginarios que emergen de la agencia de múltiples sujetos en la búsqueda de una vida diferente, de un futuro proyectado, de una transformación política y social, siempre conflictiva.

REFLEXIONES FINALES

Los artefactos fronterizos constituyen una estrategia para el estudio de las geografías cotidianas que emergen de las formas de habitar las fronteras. En el análisis, las fronteras estatales se funden y solapan con otras: urbanas, étnicas, productivas o rurales. Estas geografías cotidianas se cristalizan, materializan y persisten creando artefactos, que son tanto productos como productores de relaciones variadas, complejas y cambiantes. En su condición fronteriza, los artefactos se ven involucrados en relaciones sociales de alteridad, de configuración de un aquí y un allí, una unidad y una otredad, o muchas otredades. Lo distintivo del análisis artefactual es su carácter manipulable. Los artefactos subrayan la noción de una frontera habitada y manipulada por sus habitantes, que es a la vez representada, percibida y vivida.

El estudio de los artefactos fronterizos propone articular la comprensión de los cuerpos marcados y sujetos por relaciones asimétricas de poder —en torno a la identidad, la nacionalidad, la ilegalidad o la criminalidad— con el análisis de las resistencias cotidianas, las resignificaciones, las invenciones y las reapropiaciones. Ello permite comprender el modo en que la multiplicidad de experiencias cotidianas va configurando materialidades y sentidos superpuestos en los artefactos fronterizos.

La esquina, el puente, la tranquera y el desierto dan cuenta de diferentes formas fronterizas de habitar. Cada una conlleva procesos, prácticas, relaciones y sentidos de lugar que son propios y singulares. Definen ritmos espaciotemporales particulares a partir de los intersticios que se abren entre la agencia de los sujetos y los regímenes de fronterización. Simultáneamente, permiten trazar

hilos conductores comunes a todos ellos, entre prácticas y procesos de construcción de diferenciación y otredad, de reconocimiento y vinculación con la alteridad.

Los artefactos fronterizos son abiertos, heterogéneos y múltiples, donde lo predeterminado se encuentra con lo espontáneo, lo permanente con lo efímero, las estructuras con las agencias, las estrategias con las tácticas. Los encuentros/desencuentros van dando forma a los artefactos fronterizos en su cotidianeidad, donde interesa su forma usada, experimentada y sentida, de la cual emerge lo nuevo, lo no planificado. El análisis de los artefactos fronterizos contribuye a observar el modo de contestar, cuestionar, resistir o aprovechar las formas de ordenamiento que se definen a la distancia sobre estos ámbitos, e incluso promover alternativas para la gestión activa de estos paisajes, considerando los proyectos personales, las geografías emocionales y las experiencias vividas.

REFERENCIAS

- Benedetti, A. (2020). Fronteras y escalas: Definiciones y relaciones. En A. H. Hernández (Ed.), *Puentes que unen y muros que separan*. (pp. 45-62). El Colegio de la Frontera Norte. <https://cutt.ly/y5rV38E>
- Benwell, M. C. (2015). Banal Nationalism. En A. D. Smith, X. Hou, J. Stone, R. Dennis y P. Rizova (Eds.), *The Wiley Blackwell Encyclopedia of Race, Ethnicity, and Nationalism* (pp. 1-2). John Wiley & Sons. <https://doi.org/10.1002/9781118663202.wberen346>
- Brambilla, C. (2015). Exploring the Critical Potential of the Borderscapes Concept. *Geopolitics*, 20(1), 14-34. <https://doi.org/10.1080/14650045.2014.884561>
- Buttimer, A. (1979). Le temps, l'espace et le monde vécu. *Espace géographique*, 8(4), 243-254. <https://doi.org/10.3406/spgeo.1979.1929>
- Camacho Velázquez, D., Ruiz de Oña Plaza, C. y Torres Freyermuth, A. (2021). La narrativa como enfoque metodológico para el estudio multidisciplinario de la frontera sur (Chiapas-Guatemala). Experiencias y reflexiones. *EntreDiversidades. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 8(1), 141-163. <https://doi.org/10.31644/ED.V8.N1.2021.A06>
- De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano: Vol. I. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana - Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Dittmer, J. y Gray, N. (2010). Popular Geopolitics 2.0: Towards New Methodologies of the Everyday: Popular geopolitics 2.0. *Geography Compass*, 4(11), 1664-1677. <https://doi.org/10.1111/j.1749-8198.2010.00399.x>

► **Dossier:** Explorando las geografías cotidianas de las fronteras a través de cuatro artefactos: la esquina...

- Giard, L. (2015). Cómo y por qué estudiamos la vida cotidiana con Michel de Certeau. *La Torre del Virrey: revista de estudios culturales*, (17), 7-12. <https://cutt.ly/l5rMERK>
- Gregory, D., Johnston, R., Pratt, G., Watts, M. J. y Whatmore, S. (Eds.). (2009). Everyday life. En *The dictionary of human geography* (5a. ed.) (pp. 223-225). Blackwell.
- Grimson, A. (2000). El puente que separó dos orillas. Notas para una crítica al esencialismo de la hermandad. En *Fronteras, naciones, identidades: La periferia como centro* (pp. 201-231). CICCUS-La Crujía.
- Haesbaert, R. (2019). Por otra regionalización: La región como artefacto. En *Regional-global: Dilemas de la región y de la regionalización en la geografía contemporánea* (pp. 91-126). CLACSO.
- Jones, R., y Johnson, C. (2014). *Placing the border in everyday life*. Ashgate.
- Katz, C. (1996). Towards Minor Theory. *Environment and planning. D, Society and space*, 14(4), 487-499. <https://doi.org/10.1068/d140487>
- Katz, C. (2017). Revisiting minor theory. *Environment and planning. D, Society and space*, 35(4), 596-599. <https://doi.org/10.1177/0263775817718012>
- Linares, M. D. (2017). *Fronteras en tensión. Argentina y Paraguay frente al desafío de la integración regional*. EdUNLPam.
- Lindón, A. (2004). Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana. *Veredas*, (8), 39-60. <https://cutt.ly/d5rTAr>
- Lindón, A. (2006). Geografías de la vida cotidiana. En A. Lindón y D. Hiernaux (Eds.), *Tratado de geografía humana* (pp. 356-400). Anthropos.
- Lindón, A. (2011). Cotidianidades territorializadas entre la proxemia y la diastemia: Ritmos espacio-temporales en un contexto de aceleración. *Educación Física y Ciencia*, 13, 15-34. <https://cutt.ly/55rXpB>
- Lois, C. (1999). La invención del desierto chaqueño. Una aproximación a las formas de apropiación simbólica de los territorios del Chaco en los tiempos de formación y consolidación del Estado nación Argentino. *Scripta Nova*, 3: 38. <https://cutt.ly/D5r0099>
- Lois, M. (2022). Geopolítica crítica y fronteras. Presentación. *Scripta Nova*, 26(1), 5-10. <https://doi.org/10.1344/sn2022.26.39379>
- Massey, D. (junio de 1991). A global sense of place. *Marxism Today*, 24-29. <https://cutt.ly/E5r25cl>
- Montani, R. (2016). Arte y cultura: Hacia una teoría antropológica del arte(facto). *Revista de Antropología del Museo de Entre Ríos*, 2(1), 13-45. <https://cutt.ly/05r9z54>
- Morales, H., Richard, N. y Garcés, A. (2018). Capitalismo en el desierto: Materialidades, espacios y movimiento. *Revista Chilena de Antropología*, 37, 76-82. <https://cutt.ly/55r9KZw>

- Nogué, J. (2014). Sentido del lugar, paisaje y conflicto. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 5(2), 155-163. https://doi.org/10.5209/rev_GEOP.2014.v5.n2.48842
- Núñez, A., Baeza, B. y Benwell, M. C. (2017). Cuando la nación queda lejos: Fronteras cotidianas en el paso Lago Verde (Aysén-Chile) - Aldea Las Pampas (Chubut-Argentina). *Revista de geografía Norte Grande*, (66), 97-116. <https://doi.org/10.4067/S0718-34022017000100007>
- Núñez, A., Benwell, M. C., Aliste, E. y Muñoz, J. (2019). Geografías menores, geografías cotidianas: La construcción del ciudadano nacional en Chile Chico, Región de Aysén. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (37), 167-186. <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2019.n37-10>
- Oliveras, X. (2020). La fronterización y desfronterización del Río Bravo/Grande en y con los puentes internacionales. En A. H. Hernández (Ed.), *Puentes que unen y muros que separan* (pp. 123-151). El Colegio de la Frontera Norte.
- Pérez, S. (2019). Geopolíticas del cotidiano en la frontera patagónica: Las dinámicas del habitar en torno a los Campos de Hielo Patagónicos. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (37), 187-207. <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2019.n37-11>
- Poblete, J. (2012). La Frontera como forma de experiencia cotidiana en la espacialidad post-social. *Iberoamericana*, 12(46), 145-159. <https://doi.org/10.18441/ibam.12.2012.46.145-159>
- Renoldi, B. (2015). Movimiento de fronteras. Experiencias cotidianas de habitar y transitar en los límites de Argentina, Brasil y Paraguay. En A. Hernández y A. E. Campos Delgado (Eds.), *Líneas, límites y colindancias: Mirada a las fronteras desde América Latina* (pp. 181-205). El Colegio de la Frontera Norte.
- Richard, N. y Hernández, C. (2018). Las alambradas en la Puna de Atacama: Alambre, desierto y capitalismo. *Revista Chilena de Antropología*, (37), 83-107. <https://cutt.ly/E5r8anc>
- Rivera, F. y Galaz-Mandakovic, D. (2022). Infraestructuras industriales, policiales y materialidades patrimoniales en la construcción de la frontera chileno-boliviana en Ollagüe (Chile, 1879-2020). En A. G. Milea y O. Niglio (Eds.), *On Surveillance and Control at Borders and Boundaries* (pp. 431-459). Tab.
- Sharp, J. (2007). Geography and gender: Finding feminist political geographies. *Progress in Human Geography*, 31(3), 381-387. <https://doi.org/10.1177/0309132507077091>
- Stock, M. (2004). L'habiter comme pratique des lieux géographiques. *EspacesTemps.Net*. <https://cutt.ly/s5r8WQI>
- Sundberg, J. (2017). Fronteras íntimas y geopolítica cotidiana en la zona fronteriza entre Estados Unidos-México. *Revista de geografía Norte Grande*, (66), 9-32. <https://doi.org/gmhsvz>
- Tuan, Y.-F. (1979). Space and Place: Humanistic Perspective. En S. Gale y G. Olsson (Eds.), *Philosophy in Geography* (pp. 387-427). Springer. https://doi.org/10.1007/978-94-009-9394-5_19
- Whyte, W. F. (1971). *La sociedad de las esquinas*. Diana.

► **Dossier:** Explorando las geografías cotidianas de las fronteras a través de cuatro artefactos: la esquina...

Yuval-Davis, N. (2013). A Situated Intersectional Everyday Approach to the Study of Bordering (Working Paper N° 2). *EUBORDERSCAPES*. <https://cutt.ly/Z5r8or3>

Yuval-Davis, N., Wemyss, G. y Cassidy, K. (2017). Everyday Bordering, Belonging and the Reorientation of British Immigration Legislation. *Sociology*, 52(2), 228-244. <https://doi.org/10.1177/0038038517702599>